

sión de la leyenda de la dama de Amboto.

Al cuento de fantasmas sigue un texto compensatorio, un *rifacimento* picaresco en ambiente posmoderno, de título desconsoladamente machadiano: «Y además no importa». El nuevo Monipodio fabulado por Martínez Torrón se radica, ahora, en el inframundo marginal del Madrid contemporáneo, en el que deambulan mendigos espectrales, fugitivos de la pre-movida de los setenta, la tibia revolución *hippie* que en Iberia derivó, demasiado pronto, en un infierno de drogas sintéticas.

La tercera parte del libro constituye una apuesta singular: dar voz y escritura íntima a personajes históricos como la Marquesa de Montehermoso, Juana la Loca, Cervantes, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Rilke y Baudelaire. Martínez Torrón conoce muy bien el clima de tensiones ideológicas en que arrancó nuestro siglo diecinueve, lleno de contradicciones y matices no suficientemente explicados. Se trata, a mi juicio, de la mejor pieza del libro. La escritura es rauda, tersa, directa. La protagonista se mueve en extremos emocionales e ideológicos, como la mayoría de los personajes de estos cuentos.

En el segundo monólogo, de Gómez de Avellaneda, la reclamación de lo imposible se hace en una evocación biográfica. El ter-

cer relato está dedicado a Juana la Loca. Luego la evocación cervantina, que recrea el posible estímulo biográfico de *La gitanilla*, exhibe a las bravas el riesgo de la retroproyección romántica: ni siquiera Américo Castro, tan amigo de heterodoxias, se hubiese atrevido a sugerir tanta sed de *infinito* en Cervantes. De Rilke y Baudelaire nos queda su hostilidad a la «mentalidad burguesa pacata» de altísima *sprezzatura* aristocrática, «pues la vida es un juguete y además no importa». Y es que hay mucho de arrojo aristocrático en estas prosas, cuya vertiente y versión de lo romántico está más del lado de un Byron, pongamos, que de un Shelley. Una moral de elegidos, iluminados y soñadores, que, como las dos figuras del cuadro de Romero de Torres, *El genio y la inspiración*, que oportunamente ilustran la portada, se dejan tocar por luces imposibles al borde de un abismo.

Un libro, por todo ello, tan arriesgado en su exigencia como sincero en su ejecución. Un reciente poema de Martínez Torrón, letraherido incorregible, romántico *malgré tout*, condensa eficazmente su credo: «¿Para qué escribes? / Para penetrar en la profunda sima del deseo. / Para abrir una puerta al infinito. / Para liberar tu espíritu hacia una región / poblada por dioses» (*Mirar la luna. Poesía completa 1974-2002*,

Sial, Madrid, 2003, p. 399). Quizás una cabal valoración de estos relatos solicite un lector que también lea para eso.

### **Julián Jiménez Heffernan**

**La novia de Wittgenstein**, Mario Boero Vargas. *Visión net*, Madrid. 2004, 201 pp.

Hace ya más de veinte años el profesor de lógica Alfredo Deaño introdujo a varias promociones de alumnos de la Universidad Autónoma de Madrid en la filosofía de Ludwig Wittgenstein (1889-1951). Recuerdo que en algún lugar escribió que era una lástima que Luchino Visconti no hubiera realizado una película sobre el filósofo. Hoy la bibliografía sobre este autor aborda tanto su producción intelectual como su biografía personal. Ambas se hallan sin duda mezcladas; con la curiosa peculiaridad de que al tiempo que Wittgenstein era enormemente honesto y autoexigente en su pensamiento filosófico consideraba que la sabiduría es fría y gris llegando a encubrir la vida, de suyo multicolor. La reticencia hacia la abstracción, que él inevitablemente practicaba en cuanto filósofo, explica en alguna medida algunos de los chocantes episodios extra e

incluso antiacadémicos que protagonizó: sus trabajos como maestro de escuela o jardinero en un convento; las recomendaciones a sus alumnos para que hicieran trabajos manuales; su concentración hasta los mínimos detalles en el trabajo que como arquitecto desarrolló para su hermana Gretl. Otra faceta multicolor de la existencia era, a su juicio, la religión. Como en otros terrenos de su existencia, también en este caso las vivencias de Wittgenstein eran contradictorias. En ella veía una forma de enfrentarse y destruir su propia vanidad. También un oasis de sosiego entre las turbulencias de la vida cotidiana personal y social; no en vano vivió la disolución de la cultura del imperio austrohúngaro, el avance de una civilización basada en un concepto de progreso que no compartía, dos guerras mundiales y un mundo universitario que le desagradaba incluso físicamente. Sin embargo, la apertura a la religión —no como confesión religioso-dogmática sino como forma de relación con el mundo— le atemorizaba pues temía que la entrega a ella le llevara a la disolución. «No puedo arrodillarme para rezar porque mis rodillas están tiesas, por así decirlo», escribió en 1946.

«No puedo abrazarte ni besarte porque mis brazos están rígidos y mis labios yertos», sería una frase quizás no disparatada en una no-

vela o en una película sobre Wittgenstein. El profesor Mario Boero ha realizado en el libro que comentamos una interesante aproximación a la figura del filósofo desde una ficción que se nos antoja improbable: la de que hubiera mantenido una relación de noviazgo con una muchacha llamada Margarita Respinger. No por ser ella en concreto sino por ser una mujer y, sobre todo, porque como escribe Boero a Wittgenstein debieron repugnarle los moldes impuestos. Además, la intangibilidad corpórea de Wittgenstein, su aura *noli me tangere* parece incompatible con el noviazgo. Sin embargo, la ficción construida por Boero resulta verosímil al destacar que hubiera sido una relación problemática en la que Margarita hubiera sufrido mucho pues, como Wittgenstein confesó, su ideal vital estaba presidido por una indiferencia capaz de tener a raya los elementos pasionales. Fuego y hielo, en tensión. Implicación y desapego. A través de la novelización *La novia de Wittgenstein* presenta, a veces mediante la cita de textos del filósofo, algunas de sus posiciones intelectuales y vitales, sin correr el riesgo de tomar por realidad lo

que es ficción. Pero permitiendo también que se encarne, aunque sea ficticiamente, uno de los rasgos más creíbles de su personalidad: la necesidad de conversión. La insatisfacción de Wittgenstein hacia su propia personalidad, hacia su filosofía pero también ante la conducta de otros, le llevaba a desear el cambio de las conductas. Es más, la implacabilidad con que se juzgaba a sí mismo, la aplicaba también a veces de forma desabrida ante los demás, como cuando rechazaba a los alumnos con aspiración de «turistas», que pretendían a veces frecuentar ocasionalmente sus clases. El libro de Boero resulta iluminador en su presentación de este aspecto de la figura de Wittgenstein: su anhelo de conversión, de ser de otra manera a la búsqueda de una pureza ansiada pero sólo raramente entrevista. Aspiración por tanto a un vivir cotidiano, concreto, no mermado por el distanciamiento de la especulación filosófica y, sin embargo, pleno de madurez intelectual. Pero también de pesimismo, pues, escribió en otra ocasión: «lo que sueña un hombre casi nunca se cumple».

**Rafael García Alonso**

## El fondo de la maleta

*Un mundo infundado*

El número 78 de la revista *Letras libres* (México, junio de 2005) recoge el diálogo o par de ponencias que en su momento mantuvieron dos filósofos, el laico Jürgen Habermas y el sacerdote Joseph Ratzinger, entonces cardenal y hoy Papa. Sorprende que dos mentalidades aparentemente distantes coincidan en aceptar ciertos principios políticos —entendida la política como ciencia general de la sociedad, de la *polis*— y hasta alguna parte del diagnóstico sobre la actualidad igualmente política del mundo.

Acaso la coincidencia provenga de que ambas parcialidades, Ilustración y cristianismo, sean dos vías de la universalización trazadas desde Occidente. Una similar perplejidad conmueve a los dos pensadores: ¿puede funcionar socialmente el Estado constitucional democrático como una estructura universal suficientemente fundada en sí misma?

Habermas responde que sí, que esa es la esencia del Estado democrático moderno, constituido sobre bases seculares que se conforman a partir del debate y el acuerdo convivencial de los ciu-

dadanos. Todo Estado moderno es, en este sentido, republicano.

Ratzinger admite la legalidad de dicho Estado, de raigambre liberal en tanto pone al ciudadano por delante de todo gregarismo, sea racial, nacional, religioso o de estirpe. No hay príncipes anteriores a la Constitución. Pero se pregunta si esa trama basta para que los hombres sigan concibiendo una idea común del Bien, el bien común, que deban acatar aún en detrimento del propio sujeto. Es allí donde se advierte que la pérdida de un fundamento religioso o metafísico deja en el aire la construcción del Estado moderno. Lo que para Ratzinger es un déficit, para Habermas es una virtud, que asume con el riesgo de que el Estado democrático se reduzca a un ejercicio mecánico de legitimación de los gobernantes y quede hueco de sustancia ética.

Los dos coinciden en su vocación de universalidad pero admiten que, de momento, las propuestas universalistas son abstracciones. En concreto, hay nacionalismos, racismos y religiones que siguen viendo los derechos del hombre y la sociedad democrática como una